

formaban eran cinco; y con destreza
suma esculpió lindísimas figuras
sobre la faz de la primera plancha.

Allí grabó la tierra, el mar, el cielo,
el incansable sol la luna llena:
y allí entalló también los astros todos
que coronan el cielo; las Pléyadas,
las Híadas, el fuerte y aguerrido,
mientras vivió, Oríon; la Osa, ó el Carro
(porque también así llamarla suelen)
que siempre gira en derredor del polo,
y á Orion mira de frente, y es la sola
constelacion que en la corriente clara
nunca á bañarse llega de Oceano.

Grabó despues en el redondo escudo
dos hermosas ciudades, y pobladas.
En una estaban celebrando bodas,
y espléndidos convites se veían;
y las novias, del tálamo saliendo,
con hachas encendidas por las calles
del pueblo eran llevadas, y se oía
el repetido canto de himeneo.
Y cuadrillas de jóvenes danzaban
á la redonda, y en agudas voces
sus cadenciosos pasos dirigían
las cítaras y flautas; y á su puerta
parada cada cual, muchas matronas
complacidas el baile presenciaban.
Los hombres en el foro reunidos
estaban; porque había una disputa
entre dos que tenaces contendían
sobre la multa que pagar debiera
el uno de ellos por haber matado
á un pariente del otro. Aquel decía
que ya todo pagara, y ante el pueblo
lo declaraba así; pero el segundo
negaba que él hubiese recibido
ni aún una parte. Pretendían ambos
que, oídos los testigos, la querrela
se decidiese en su favor; y el pueblo
en bandos dividido, apadrinaban
los unos al primero y los restantes
al segundo, y ardientes aplaudían
en alternada vez al que postrero
hablara; y los heraldos á la gente
imponían silencio. Los ancianos
que sentenciar debían, en labradas
piedras sentados y de gran gentío
rodeados, tenían en la diestra
un cetro igual al que de insignia sirve

al heraldo canoro que los aires
atruena con sus voces sonoras:
y en ellos apoyados, por su turno
se levantaban y el ruidoso pleito
decidían. Y allí depositados
en medio se pusieran de los jueces
dos talentos en oro, que debía
en premio recibir el que entre todas
la más justa sentencia hubiese dado.

Cubiertas de brillantes armaduras,
dos escuadras de fuertes campeones
la otra ciudad sitiaban; y querían
arruinarla los unos, y los otros
que entre las dos escuadras se partieran
en porciones iguales divididos
los bienes y tesoros que en sus muros
la ciudad contenía. Los sitiados
no á rendirse dispuestos se mostraban,
y cautos en secreto disponían
salir á una emboscada; y mientras ellos
se armaban, las mujeres, los rapaces,
y los ancianos, sobre el alto muro
á aguardarle subían. Los armados
ya salieron en fin, y los guiaban
Pálas y Marte. Sus estatuas eran
de oro macizo, y áurea vestidura
ambos tenían y brillantes armas;
y gallardos también como los Dioses
y corpulentos eran, y excedían
á todos en altura; que más bajos
eran mucho los hombres. Ya llegadas
las escuadras al río y al paraje
que para la celada señalado
estaba, y era el sitio en que solía
el ganado beber del enemigo,
dentro la selva umbría se ocultaron
todos cubiertos de lucientes armas;
pero á distancia mucha antes pusieron
dos atalayas que observar pudiesen
cuándo del enemigo las ovejas
y los bueyes al río se acercaban.
Y no mucho tardaron; y venían
con ellos dos pastores divertidos
en tocar la zampoña, la asechanza
sin sospechar. Los vieran desde léjos
los atalayas; y el aviso dando
á los suyos, corrieron presurosos
todos á los ganados y por presa
se llevaron los bueyes y el rebaño
de lanudas ovejas, y la muerte

dieron á los pastores. Cuando oyeron la algazara y confusa vocería que en torno de los bueyes resonaba los sitiadores, que hasta allí en arengas el tiempo consumían en la junta, en sus carros subieron que arrastraban en airoso galope los caballos, y fueron á buscar al enemigo, y pronto le alcanzaron. A la márgen alto hicieron del río, y la batalla animosos trabaron, y se herían los unos á los otros. La discordia y el bélico tumulto allí entallados se vian, y la Parca inexorable que á un guerrero tenía de la mano con vida aún pero recién herido, y á otro dejaba ileso; y con la diestra de los piés arrastraba algun cadáver, y el ropaje que en torno la cubría manchado estaba con su sangre todo: y combatían los demás guerreros y se mataban cual si fueran vivos, y ambas haces sus muertos arrastraban.

Grabó despues en anchurosa vega blando noval y de feraz terreno, que por tercera vez con el arado rompían multitud de labradores; y cada cual llevaba al yugo uncidas un par de mulas, y en profundos surcos, unos por una parte otros por otra, el terreno movían. Y al extremo del campo todo cuando ya llegaban, un hombre que al encuentro les salía profundas tazas de oloroso vino les ponía en las manos; y en bebiendo, otros surcos á abrir atrás volvían en impaciencia deseando todos del profundo noval á la otra punta prontamente llegar. Y negreaba el terreno que atrás iban dejando cual si la reja en realidad hubiese la tierra roto, siendo de oro puro toda aquella campiña: tal prodigio á la vista ofreciera allí Vulcano.

Grabó también un campo ya cubierto de espesa miés; y en él los segadores con hoces cortadoras que tenían en las manos segaban áfanosos, y las rubias espigas en la tierra unas estaban sin cesar cayendo,

y otras en haces con flexible junco ataban tres mancebos, á su espalda unos rapaces, que al caer la espiga la alzaban de la tierra y á brazos á los tres aradores la llevaban para formar el haz, nuevas espigas les alargaban sin cesar. En medio de ellos el Rey, el corazón alegre, con el cetro en la mano y silencioso de pié estaba en un surco; y á otra parte bajo las ramas de frondosa encina los heraldos espléndido convite, matado habiendo corpulenta vaca, estaban preparando; y las mujeres á los trabajadores la comida aparejaban, en ingentes ollas de blanca harina deliciosas puches sin cesar revolviendo y sazonando.

También de oro macizo, y muy hermosa, una viña entalló de no pequeña extensión, y las cepas, oprimidas al paso de las uvas, por estacas hechas de plata sostenidas eran; y entre las verdes hojas los racimos negrear se veían, y en contorno cavado foso de negruzco acero y un seto que de estaño fabricara la entrada prohibían; y una sola hizo y angosta calle que pudiese á ella guiar, y parecía llena de los acarreadores que volvían á la aldea, la viña vendimiada. Y mancebos gallardos y doncellas en canastos de mimbre el dulce fruto llevaban al lagar, y en medio de ellos un muchacho la cítara sonora tañía blandamente, y al sonido en baja y dulce voz iba entonando de Lino la canción, y la cuadrilla ágil danzaba en pasos cadenciosos, y en acordada voz cantando leda, con ruidosa algazara le seguía.

Hizo despues vacada numerosa; y eran de oro y estaño, así las vacas como los toros; y mugiendo alegres, en confuso tropel desde el establo salían á pacer la dulce hierba en ancho valle que regaba un río rápido y caudaloso coronado de espeso carrizal, y los guiaban

cuatro pastores de oro, á quien seguían nueve robustos perros. Pronto salen dos terribles leones á las reses; y de entre las primeras á un novillo acometiendo con la fuerte garra le sujetan. Brabidos espantosos da el herido animal; pero las fieras le arrastran, y en mugidos lastimeros él llama á los pastores. Estos vienen, y los perros detrás; pero entre tanto, del toro corpulento los leones desgarrando la piel, su roja sangre beben y sus entrañas despedazan. Y en vano los pastores los persiguen, azuzando á los perros; que cobardes estos vuelven la espalda y se retiran sin morder á las fieras, y parados ladran de cerca, pero evitan siempre de los leones la terrible garra.

Hizo también el ínclito Vulcano en un ameno valle una pradera en que rebaños pacen numerosos de candidas ovejas, y á lo lejos los establos se ven y las tinadas, y las chozas también de los pastores.

Una danza despues allí Vulcano entalló artificiosa, y semejante á la que en otro tiempo en la ancha Creta Dédalo imaginó para la rubia Ariadne. Y allí danzar se vian, unos y otros asidos de las manos, tiernas doncellas y ágiles mancebos. Con ropaje de lino ellas vestidas, y de hermosas guirnaldas coronadas, iban; y ellos tenían herrueruelos de finísima lana con suave aceite perfumados, y del hombro en tirantes de plata suspendidos

cortos estoques de oro. Y unas veces á la redonda en anchuroso cerco danzaban todos con ligera planta en fácil giro y en acordes pasos, así imitando la voluble rueda que el alfarero con la rueda agita para que ruede en torno; y otras veces en parejas bailaban divididos. Y mucha gente la graciosa danza mirando estaba, alegre y divertida; y con raro primor dos saltarines, despues de preludiar alegre canto, en difíciles saltos y cabriolas su agilidad y su saber mostraban.

Y al extremo también del grande escudo del río de Oceano caudaloso figurando la rápida corriente, en derredor le circundó con ella.

Luego que el ancho y ponderoso escudo hubo ya concluido, la coraza hizo, más reluciente que del fuego el resplandor que desde lejos brilla, y el reformado yelmo que á las sienas sentase bien, hermoso, y nielado en variada labor; y en la cimera el penacho afirmó, que de oro fino era formado y trémulo ondeaba; y las grevas, por fin, hizo de estaño que dócil al tobillo se ajustase.

Y cuando ya completa la armadura Vulcano tuvo, la tomó en las manos; y á la gallarda Tétis en las suyas se la puso. Y la Diosa en raudo vuelo, cual ligero alcotan, desde el Olimpo saltó á la tierra, las brillantes armas para llevar á Aquiles que Vulcano á ruego suyo fabricado había.